

—¡Yo os amo!

—¡Y yo os adoro!

—¡Adios!

—¡Adios!

D^a Inés se deslizó por una de las puertas, y D. Fernando se quedó pensando:

—Esta mujer ha llegado á conseguir que yo la adore. . . . aunque esto no me parece raro, porque me siento con un natural muy combustible. . . . ¡Pobre Eujenia!

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO II.

EL DUENDE DE PALACIO.

I.

En el que se vé lo que hizo la Reina cuando se ausentó su confesor.



LEJOSE de España el padre Nitardo renunciando la embajada de Austria que le habia dado la reina.

D. Juan de Austria escribió á D^a María Ana, dándola el parabien por la salida del confesor y pidiéndole permiso para pasar á Madrid á besar su real mano.

La reina, que contra él estaba indignada, contestóle que se retirara cuando menos á doce leguas de distancia, con lo que los partidarios del príncipe que ya le suponian presidiendo el Consejo, quedaron por demas contrariados.

Con esto quedó la corte en la mayor tristeza: la reina no

salía de su cámara, desconfiaba de todo el mundo, y apenas la asistían D^a Eujenia y D^a Inés de Medina.

Valenzuela quedó repentinamente solo, el confesor de la reina era en la corte su único apoyo, y éste le faltaba.

Entonces sucedió lo que era natural en aquel aislamiento, y como D^a Eujenia se separaba tan pocas veces del lado de la reina, D. Fernando se entregó completamente á los amores de D^a Inés.

La jóven procuraba encontrarle, las citas eran ya tan fáciles como frecuentes, y la hija del marqués de Rio-florido no esperaba sino una oportunidad para pedir á D^a María Ana el empleo en México ó Filipinas de que había hablado á Valenzuela.

La ocasion no tardó en presentarse.

Una mañana la reina había quedado sola con D^a Inés; D^a María Ana estaba de mejor humor que otras veces y dirigió la palabra á la dama.

—Dúeleme—la dijo—esa vida tan triste que pasais á mi lado las dos.

—Señora—contestó Inés—al lado de V. M. no es posible sentir la tristeza, sino el placer de acompañar á V. M.

—¡Oh! no pretendas engañarme, ¿qué puede lisonjear á un corazón jóven una vida de soledad y retraimiento?

—Lisonjea la honra de estar al lado de V. M. y juro á V. M. que me encuentro feliz en esa vida.

—Yo te lo agradezco: tu lealtad te hace hablar así; yo conozco cuán pesada debe ser para tí esta vida siendo como eres jóven, noble y hermosa, y por eso mayor es mi cariño: dime, tú nunca me has pedido nada ¿no deseas nada?

—¡Señora!

—Dime, ¿algo deseas? ¿para tí, para tus parientes?

—Si yo me atreviera, pediría un favor á V. M.

—Pues atrévete, te lo permito; ¿de quién se trata?

—Del marido de una amiga mia.

—¿Y qué deseas para él?

—Un empleo en México ó en el Perú ó en Filipinas.

—¿Pero empleo en qué categoría? ¿es noble? ¿tiene colocacion en la corte?

—No, señora, no tiene ahora empleo, es noble.

—¿Y quién es él? sepamos.

—Fernando de Valenzuela—dijo D^a Inés poniéndose encendida.

Pero la reina no lo advirtió, porque tambien ella se había ruborizado.

—¡Cómo!—esclamó—¿Valenzuela? ¿acaso quiere irse? ¿llevarse á Eujenia?

—Señora, no tiene empleo en la corte: como amigo del Reverendísimo padre Nitardo teme á los partidarios del príncipe, y creo que dejaría á Eujenia si así lo deseara V. M.

—Pero Eujenia nada me ha dicho.

—Señora, nada sabe de esto, que á mí me lo ha confiado Valenzuela.

La reina lanzó á D^a Inés una mirada de desconfianza; adivinó con la penetracion de una mujer una historia en lo que la decía D^a Inés.

—Bien, puedes contestar á Valenzuela que no tiene por qué temer á los partidarios del conde.

—¿Y el empleo?

—Yo te diré cuando he de hablar de eso; entre tanto á nadie, ni á él mismo, ni á mí digas una palabra; ¿entiendes?

—Sí, señora.

La reina entró en una profunda meditacion, y D^a Inés,

en silencio, comenzó á reflexionar qué habria motivado el cambio repentino de S. M.

D^a Eujenia entró á poco, y D^a Inés quiso aprovechar la ocasion de hablar con Valenzuela.

Cuando la reina se vió sola con D. Eujenia, la dijo:

—Triste es el aislamiento en que me miro; no tengo confianza mas que en tí; los ministros y los consejeros me inspiran terror; creo que todos me engañan; no sé ni lo que en la corte pasa; no sé á quién confiar mis órdenes y mis secretos; no encuentro á quién consultar un solo negocio; estoy sola, sola en el mundo, sola siendo la reina.

—V. M. no tiene en mí toda la lealtad y todo el amor reunidos de todos sus vasallos?—contestó D^a Eujenia.

—¿Qué puedes tú, pobre jóven? hay cosas que las mujeres somos débiles para cumplir: ¿podrás decirme tú lo que pasa en la corte? ¿entre la nobleza?

—¡Sí, señora!

—Sí, ¿y cómo, hija mia?

—Fácilmente; yo haré que mi marido me lo refiera.

—¿Tu marido?—dijo—tienes confianza completa en su lealtad y en su intelijencia?

—Ah! sí, señora: si V. M. le conociese, la tendria tambien; es un jóven con un corazon tan noble como el de un príncipe, con un talento clarísimo, al decir del padre Nitar-do; valiente, y que ama á V. M. como yo puedo amarla.

—¿Me ama?—dijo la reina con la voz un poco alterada.

—Oh! sí, señora! con qué entusiasmo me ha dicho mil veces, que seria feliz en dar la vida por V. M.

—¿Esto te ha dicho?

—Sí, señora, y cada momento.

—Quiero conocerle, tráemele.

—Ahora mismo, si me lo permite V. M.

—No, ahora mismo no, porque le verian entrar y desconfiarian de él; es preciso que sea á una hora en que nadie os vea, en que nadie sepa que venís á verme.

—En tal caso, si V. M. quiere, esta noche.

—Sí, es mejor esta noche, cuando esté todo en silencio, por el pasillo secreto.

—Está bien, señora.

—Procura que él nada sepa hasta el momento en que me vea.

—¿Desconfia V. M. de su discrecion?

—No, pero es mejor que se haga todo como yo te digo.

D^a Inés volvió entonces á aparecer y la reina calló.

D^a Inés habia tenido ya una conversacion con Valenzuela.

D. Fernando oyó la relacion que le hizo la jóven de su conferencia con la reina.

Cuando terminó aquella relacion, Valenzuela preguntó á D^a Ines:

—¿Y vos qué pensais de tan repentino cambio de S. M.?

—Témome que alguien haya dicho algo mal á S. M. contra vos.

—En todo caso, mi posicion es malísima en este momento en la corte.

—Quizá no tanto como creemos, pero siempre es preciso estar prevenidos para cualquiera evento.

—¿Y qué medios hay para ello?

—Mirad, yo observaré, y si algo llego á descubrir, y si llego á comprender la causa del disgusto de Su Majestad, os lo diré al punto; fiad en mí; sabeis que os amo, que me sacrificaria yo contenta por vuestra felicidad, y que todo

mi anhelo es vivir á vuestro lado; nada temais, fiad en mí y amadme como yo os amo.

—Ya sabeis D^a Inés que os adoro.

—Ese pensamiento me anima, yo velaré por vuestra suerte; adios.

—¿Os vais?

—Vuelvo á la cámara de S. M.; quizá estrañe mi ausencia.

.....
Los salones de palacio habian ya quedado desiertos, los patios estaban sombríos y no se escuchaba mas que el lejano alerta de los centinelas.

Era ya la media noche.

En uno de los aposentos de palacio D. Fernando de Valenzuela y su esposa conversaban sentados al lado de una mesa.

D^a Eujenia estaba serena, pero alegre; pensaba en que la fortuna parecia decidirse en favor de Valenzuela, y que aquel llamamiento de la reina era el principio de su valimiento.

D. Fernando, por el contrario, se creia al borde de un abismo. La conversacion que habia tenido con D^a Inés, le preocupaba; mil sombrías ideas se agrupaban en su cerebro; pensaba en la persecucion, en el destierro, en la pobreza.

Sonaron las doce.

—La media noche—dijo Valenzuela—quiero que me espliques tu empeño en que permanezca yo en vela.

—Vas á saberlo en este momento, Valenzuela; sígueme.

—¿A dónde vamos?

—Te suplico que no me preguntes, porque no podria contestarte.

—¿Pero á dónde me llevas?

—Es órden de S. M.; sígueme.

D. Fernando se sintió turbado, la conversacion que habia tenido con D^a Inés; la conducta misteriosa de D^a Eujenia, todo le hacia presentir alguna desgracia.

Pero Valenzuela hubiera preferido morir antes que dar una lijera muestra de cobardía; tomó un sombrero y una capa y siguió á D^a Eujenia.

El silencio que reinaba en palacio no se interrumpia, sino por el eco de las pisadas del jóven.

D^a Eujenia parecia deslizarse como una sombra.

II.

Refiérese lo que pasó en la cámara de Su Majestad á D. Fernando de Valenzuela, y cómo este tuvo miedo de comprender lo que nadie le dijo.

DOÑA Eujenia caminaba delante abriendo y volviendo á cerrar las puertas. Valenzuela no conocia el camino: además, en algunas partes la oscuridad era perfecta, y él se perdía en un sinnúmero de conjeturas.

De repente D^a Inés se detuvo.

—Aguárdame aquí, D. Fernando; no te muevas—le dijo—y sobre todo, procura estar en el mayor silencio.

Valenzuela obedeció instintivamente y sintió que D^a Eujenia se alejaba.

—Indudablemente—pensó—esto quiere decir que algo se trama contra mí, y que mi Eujenia lo ha sabido y procura salvarme, porque no parece sino que me está facilitando la fuga.... pero siquiera que me dijese algo.

D^a Eujenia tardó poco en volver, y acercándose á D. Fernando y tomándole de la mano, le dijo:

—Ven, aquí hay una persona que desea hablarte.

Se abrió la puerta y penetraron en un aposento iluminado.

Valenzuela avanzó algunos pasos y cayó de rodillas.

Estaba delante de la reina.

D^a María Ana de Austria vestía para aquella conferencia un traje que sin dejar de ser rico, indicaba mas bien la coquetería de una mujer que trata de seducir á un amante, que la grandeza de una reina que pretende imponer y deslumbrar á uno de sus vasallos.

Si D^a Eujenia no hubiera estado tan preocupada, si su corazón inocente no hubiera estado tan escento de malicia, habria advertido que D^a María Ana de Austria se humanizaba mucho para recibir á D. Fernando de Valenzuela.

D^a Inés de Medina habria leído un poema entero en el traje no mas, que la reina se habia puesto aquella noche.

Casi desaparecía la magestad y quedaba solo la mujer.

D. Fernando vestía una media-armadura; tenia sus largos y negros cabellos atados con una cinta ó liston azul, y podia decirse que en aquella noche tenia el aspecto mas bizarro de la corte.

La reina lo miró postrado, y durante algun tiempo ni le habló ni le ordenó que se levantara.

Aquella mujer, acostumbrada á ver de rodillas delante de su trono á los hombres mas poderosos de Europa, parecia como que se lisonjeaba de ver en aquella actitud al oscuro hidalgo de Ronda, al ignorado poeta, al huérfano del padre Nitardo.

—Levántate, Valenzuela—dijo por fin D^a María Ana de Austria—levántate y acércate, que quiero hablarte.

D. Fernando se levantó y se acercó á la reina.

D^a María Ana de Austria estaba hermosa en aquella no-

che; sus pálidas mejillas se habian coloreado; brillaban sus ojos, y su boca dejaba adivinar una sonrisa de benevolencia.

—Estoy dispuesto á servir á V. M.—dijo Valenzuela con voz conmovida.

—Valenzuela, creo que puedo contar con tu lealtad, y por eso te he hecho venir.

—Señora, no tiene V. M. mas que decir una sola palabra y sacrificaré gustoso mi vida.

—Te creo, Valenzuela, y por eso quiero confiar en tí: aunque soy la reina, estoy sola, aislada, me rodean hombres de cuya lealtad no estoy segura: por todas partes asechanzas, intrigas, ambiciones; ni un corazón limpio, ni una palabra verdadera; soy la reina, y mi poder se desvanece al atravesar los umbrales de esta cámara.

—Señora—esclamó Valenzuela olvidando que conforme al ceremonial no le era lícito hablar sin ser interrogado—soy un hombre oscuro, sin talento, casi sin amigos; pero me siento fuerte, vigoroso, grande si se trata de servir á V. M.: me parece, señora, que mi corazón crece, que mi brazo se pone mas robusto, que mi inteligencia se purifica y se aclara cuando considero que mi brazo tiene que combatir por V. M., que mi corazón tiene que alentar en su servicio, que mi cerebro va á pensar por V. M. No veo obstáculos, no comprendo peligros, no concibo ni imposibles si se trata de evitar á mi soberana un disgusto, una sola lágrima: señora, si mi existencia entera puede dar un solo instante de tranquilidad á V. M., mi existencia estoy pronto á sacrificar.

La reina escuchaba como arrobada aquel rasgo de entusiasmo caballeresco, en que D. Fernando arrastrado por su

imaginación ardiente hablaba á la mujer bella: Valenzuela hablaba mas como hombre enamorado que como súbdito leal, y D^a María Ana de Austria oía todo aquello como una declaración de amor, mas que como una protesta de lealtad.

—Por ahora—dijo con amabilidad—aún no es llegado el tiempo de obrar, sino de observar; esta debe ser nuestra táctica; procura saber lo que hacen, lo que tramán y hasta lo que piensan, si te es posible averiguarlo, y avísame; no quiero convertirme en un espía; quiero, Valenzuela, saber por tí, que no me has de engañar, lo que pasa en la corte; y aquí yo y tú pensaremos el rumbo que debe darse á los negocios.

—Señora, tanta bondad....

—Tú mereces todo, Valenzuela, porque eres noble, leal, generoso, valiente: todas las noches por ese mismo camino que te ha mostrado Eujenia, y á la misma hora, ven á darme cuenta de tus trabajos del día; pero cuida de que nadie penetre este secreto, que solo sabremos tres personas en el mundo: yo, Eujenia y tú.

—Antes me arrancaría, señora, la lengua, que dejar escapar una sola palabra de esto.

—Fío en tu lealtad y en el amor que me profesas, Valenzuela.

D^a María Ana de Austria, al pronunciar esta frase tan comun en boca de todos los reyes, sintió palpitar su corazón y encenderse su rostro.

Era que aquella frase, dirigida á D. Fernando, salida, por decirlo así, de su corazón, significaba otra cosa que cuando se dirigía á cualquier vasallo.

—¡Señora!—esclamó Valenzuela con los ojos chispean-

tes de entusiasmo; la vida, la salvacion de mi alma por mi reina.

D^a María Ana de Austria se sonrió melancólicamente, y clavó sus ojos en los de Valenzuela, que la miraba con pasion.

No la reina y el vasallo, sino el hombre y la mujer se habian comprendido, y aquella conversacion habia explicado lo que no habian dicho las palabras.

Valenzuela sintió entonces un poco de miedo; conoció que D^a María Ana de Austria podia ser para él otra cosa mas que su reina; conoció que él debia apasionarse locamente de ella, y tanta felicidad y fortuna tan inesperada, le hicieron temblar.

El, amado por una reina tan bella, tan poderosa; él, un hombre tan desconocido y sin valimiento.

Nada le habia dicho D^a María Ana de Austria que le diese derecho á interpretar aquello, pero él lo sentia en su alma, en su sér.

Aquellas miradas, aquellos repentinos momentos de silencio, todo, todo lo traducia Valenzuela, y todo era esperanza y amor.

Y sin embargo, sintió así algo como el frio del miedo.

El que se haya encontrado repentinamente con una felicidad inesperada, y que haya sentido tambien un gran miedo en alguna ocasion, comprenderá cuánto hay de semejante entre estas dos sensaciones.

Y es que los nervios tienen pocos medios para interpretar esa infinidad de afectos que hacen estremecer al alma.

Cuando terminó aquella breve conferencia, y la reina tendió á Valenzuela la mano para que la besara, la reina sintió que la mano del jóven temblaba.

D. Fernando advirtió que la real mano se estremecía.

Aquella noche nacia un amor, se formaba un vínculo que debia influir mucho sobre los destinos de la España.

D^a Eujenia habia presenciado aquella entrevista sin advertir nada de estraño.

Aquel corazon amoroso, pero inocente; aquella alma formada para la virtud, pero no para comprender las tormentas de la vida, no podia suponer en el mundo almas ó corazonnes que no fueran semejantes al suyo.

Valenzuela, siguiendo á D^a Eujenia, salió de la cámara de la reina como un loco: su cerebro ardia y se creia el juguete de un sueño.

Al llegar á su aposento creyó que tenia fiebre, y no pensó siquiera en dormir.

D^a María Ana de Austria veló toda la noche: aquella mujer á quien envidiaban de seguro todas las mujeres de sus estensos dominios, amaba por la primera vez en su vida.

Amaba por la primera vez, y tenia que ocultar aquel amor á los ojos de todos, aún á los de su misma conciencia.

En aquel momento D^a María Ana de Austria comenzó á comprender la felicidad: aún luchaba contra aquel amor, y ya se sentia feliz con él.

Habia vivido siempre sola con su corazon y sus ilusiones; no habia sido nunca mas que esposa de un rey, primero, y reina despues: nunca mujer.

En aquella noche comenzaba á serlo.

Quizá en aquella hora bendijo la desobediencia del príncipe que habia alejado de la corte al padre Nitardo.

llas noticias, en cuya empresa tomó parte D^a Inés, y casi todas las otras damas de la reina.

Y por último, convencidos de que no podían descubrir nada, se lanzaron á las teorías de lo maravilloso, y declararon que la reina tenia un *duende, un familiar*, como se llamaban ciertas clases de espíritus, que segun las creencias de aquellos tiempos, (y aun de estos) acampanan siempre á ciertas personas.

Aquel rumor tomó, por decirlo así, cuerpo, y se convirtió en una verdad fuera de toda duda, y no se hablaba ya mas que del duende de palacio, y aquel duende se convirtió en una especie de policía secreta y misteriosa, mas terrible aún que la del Santo Oficio.

Apenas habia ya quien se atreviera á decir una sola palabra de la reina; cada conversacion les parecia que iba á repetirse con una fidelidad desesperante á la cámara misma de S. M., y los partidarios de D. Juan de Austria llegaron á tener miedo aún de sus mismos pensamientos.

Decididamente D^a María Ana de Austria habia encontrado un apoyo prodijioso en aquel fantástico y misterioso duende que la servia.

La corte se llenó de consejas y de leyendas.

Ya se referia de una dama que en medio de una tertulia habia lanzado un grito y habia caido sin sentido repentinamente, porque habia visto sentado en su regazo al duende.

Ya un caballero, en las altas horas de la noche al atravesar una calle, habia visto cruzar á su lado un jinete sobre un potro que no ponía los piés sobre la tierra; al espíritu familiar de la reina, que desaparecia con la rapidez de un torbellino.

III.

De como andaban espantados en la corte de D^a María Ana de Austria, todos los nobles por un duende que servia á la reina.

POCAS cosas acontecian en palacio y fuera de él que no llegasen al conocimiento de la reina. Las conversaciones de los consejeros y ministros, los lances de honor y amorosos, los escándalos mas ó menos graves que ocurrian en la ciudad, todo, todo lo sabia D^a María Ana de Austria; pero con tal prontitud, con detalles tan ciertos y tan minuciosos como si ella misma lo hubiera presenciado.

Y lo mas estraño de aquellas noticias, era que ninguna persona de cuantas rodeaban á la reina alcanzaba á conocer el misterioso conducto por donde las recibia, y todas aquellas personas eran á su turno sorprendidas por revelaciones que les hacia la reina de sus acciones mas insignificantes y mas ocultas.

Durante los primeros dias los cortesanos comenzaron por culparse unos á los otros y por desconfiarse mutuamente.

Despues, casi todos de acuerdo se propusieron establecer la mayor vijilancia para descubrir al portador de aque-

Ya era un viejo soldado, encanecido en los campos de batalla, y de quien se contaban mil proezas de valor, á quien habian encontrado al irlo á relevar en su puesto de centinela, privado, sin sentido; y por toda explicacion de aquel accidente, referia que el duende con sus ojos brillantes como dos estrellas le habia mirado y se le habia encajado por la alabarda, como un mono que trepa en una palmera, y todos disculpaban el pánico del veterano, porque aquella prueba de valor ni el Cid la hubiera soportado.

Todos convenian en las señas individuales del duende.

Era un hombrecito que apenas de la planta á la coronilla media unas cuantas pulgadas castellanas; su cabello era azul como el cielo, sus ojos eran luz de color indefinible; blanco y sonrosado como una hermosa doncella; vestia á la moda de aquellos tiempos, pero con extraordinaria elegancia.

Era, segun todos, una criatura preciosa, pero que el verla infundia pavor.

Nadie por supuesto le atribuyó cola ni cuernos, ni mucho menos hedor de azufre, aunque habia sus dudas sobre si todo esto lo tendria oculto.

Lo notable era que todas esas consejas se referian á terceras personas, y ninguno decia que el lance le hubiera pasado, y los mas audaces referian que tenian amistad con la víctima.

Los que mas avanzaban en el conocimiento del duende, lo habian sentido cruzar á su lado, habian oido su sardónica risa al atravesar solos y de noche un corredor ó un salon de palacio; y nada mas.

Cada uno explicaba la existencia de los duendes á su modo, pero de estas explicaciones la que alcanzaba mas popu-

laridad era la que contaba á los duendes en el número de los ángeles rebeldes que cayeron del cielo con Luzbel, pero que no siendo de los mas culpables, purgaban su delito en la tierra, como espatriados *de la gloria*, pero sin colocacion en el infierno y con esperanzas de indulto.

Esto que ahora causara risa, era sin embargo, grave y seria cuestion que preocupaba los cerebros mas bien organizados en aquellos tiempos.

El mundo, ó mejor dicho, los hombres, se han materializado mucho, y mas se desvelan hoy para inventar un medio de disminuir el combustible que consume la máquina de un buque de vapor, que para averiguar si hay ó no duendes sobre la tierra.

Dejan esta cuestion para resolverla con conocimiento de causa, para cuando estén realmente imposibilitados de ocuparse de las cosas del mundo visible, es decir, para despues de la muerte.

Bien visto es un sesgo prudente, y con un plazo que, por desgracia de unos y fortuna de otros, no deja de ser bien corto y muy seguro en su vencimiento.

Pero como ciertamente no pensaban así en la corte de D^a María Ana de Austria, la cosa ocupaba mucho los ánimos.

El marqués de Rio-florido, entre otros, quizá porque tenia mucho que ocultar, tomó el negocio con tanto calor como lo que verdaderamente era, esto es, como negocio de Estado. Aquel duende habia venido á introducir un cambio en la política.

Pocas personas estaban como el marqués en disposicion de averiguar lo que pasaba en la cámara de S. M.

D^a Inés seguia al lado de la reina y gozando de mucho valimiento.

La reina habia cambiado notablemente de carácter; era mas expansiva, gustaba ya mas de las conversaciones de sus damas; el ceño adusto de su semblante habia casi desaparecido, y se advertia que á la acostumbrada severidad de sus trages de luto y de sus tocas de viuda, sustituia una especie de cuidado y de elegancia, que en nuestros tiempos se podria calificar de coquetería.

La reina volvia á ser mujer, y la mujer volvia á ser jóven.

Las damas estaban encantadas por esta feliz variacion.

Así pasaban los dias, y al influjo benéfico de aquel duende, las conspiraciones cesaban, y la paz comenzaba á reinar entre aquella revuelta nobleza.

D^a Inés de Medina notaba que el amor de Valenzuela disminuía mas y mas cada dia, por mas que se empeñaba ella en conservarlo y en encenderlo.

D. Fernando estaba pensativo, distraido, gustaba ya poco de las diversiones y apenas salia de palacio, en donde le visitaban algunos amigos y entre ellos D. Antonio de Benavides, que habia continuado al servicio de la reina.

En vano procuró D^a Inés sondear la causa de aquella conducta de Valenzuela.

Algunas veces pensó que D. Fernando amaba á otra y sintió celos; pero esos celos se disipaban inmediatamente, porque no tenian fundamento alguno.

En efecto, ¿de quién podia encelarse D^a Inés? D. Fernando no trataba á ninguna mujer que pudiera inspirarle amor.

Podia decirse que sus relaciones todas se reducian á D^a Inés, y ésta sabia perfectamente que D. Fernando jamás salia en las noches de palacio.

Este era otro motivo, además del duende, que traia inquieta á D^a Inés de Medina.

Alguna vez creyó encontrar cierta relacion, por el tiempo en que ambas cosas habia notado, entre las visitas del duende y la tristeza de Valenzuela, y así se lo dijo á éste, no pudiendo ya contenerse.

—Valenzuela—le dijo—¿por qué noto esa variacion tan grande en tu carácter? tú, tan alegre, tan jovial, tan apasionado conmigo; ahora te miro melancólico, taciturno; huyes de mí, cuando antes me buscabas; mis palabras de amor te cansan, cuando antes formaban tu delicia. Valenzuela, dime la verdad, ¿ya no me amas?

—Inés, tú te engañas; te amo como siempre; como siempre, tu amor es mi felicidad; como siempre, gozo escuchando tu voz y recibiendo tus caricias.

—Oh! Valenzuela, yo no me engaño: aun cuando crea yo en tu amor, ¿puedo dudar de tu tristeza? ¿dejaré de pensar que algun motivo oculto causa en tí esa estraña y repentina melancolía?

—Quizá mi carácter haya cambiado, Inés, pero te aseguro que yo mismo no sé á qué atribuir este cambio; siento el deseo del silencio y del aislamiento; quizá, Inés, la leccion que he recibido con la caida de mi protector, el padre Nitardo, me ha hecho aborrecer al mundo.

—Puede ser, Valenzuela; pero escúchame, porque quiero decirte una cosa que me atormenta; esa tristeza que te oprime ha comenzado en tí desde que en palacio se habla del duende; dime, Valenzuela, ¿ese duende tiene alguna parte en tus secretos pesares? ¿te ha dicho, te ha descubierto algo que cause tu desazon y tu tristeza?

—¿Cómo, Inés? ¿posible será que tú tambien creas en esa


conseja? ¿tú creer en el duende? ¿tú? no, Inés, ni yo creo en él, ni tengo secretos pesares; si los tuviera, ¿á quién si no á tí los habria comunicado?

—¡Ay! tú te empeñas en engañarme, pero tan cierta estoy de que me ocultas un terrible secreto que te hace padecer, como de que hay un duende en palacio.

D. Fernando por toda contestacion lanzó una alegre carcajada, y procurando cambiar el tono y el jiro de la conversacion hizo una caricia á D^a Inés y comenzó á prodigarla galantes frases y protestas de amor.

IV.

En donde el lector ve al duende, y escucha una de sus conversaciones con la reina D^a María Ana.

 ONABAN las doce de la noche en el reloj de palacio, y casi al mismo tiempo se abria una de las puertas de la habitacion de D. Fernando de Valenzuela.

D^a Eujenia acompañaba á su marido hasta el umbral, D. Fernando salia, y D^a Eujenia se quedaba volviendo á cerrar aquella puerta.

D. Fernando tomó el mismo camino que le hemos visto llevar en la noche en que su esposa le presentó á la reina.

Pero esta vez D. Fernando se encaminaba por aquellos aposentos oscuros y por aquellos angostos pasillos con extraordinaria confianza; no vacilaba ni se detenía para nada.

A la misma hora, la reina, que estaba sola en su cámara leyendo, cerraba el libro y dirigia una mirada inquieta á uno de los ángulos de su cámara, esclamando:

—No tardará.

Casi en el mismo instante se oyó el ruido de una llave que entró en la cerradura, y en el ángulo á donde miraba